

## EL ÚLTIMO BAILE

Me subo al escenario.

Suenan los primeros acordes y el silencio del público.

Se abre el telón.

Me deslumbran los focos.

Mis movimientos se acompañan con la música, seguros pero suaves. Pero me falta lo más importante de una danza: el sentimiento. Aprovecho la pausa en la coreografía para pensar algo que saque la fuerza necesaria, y casi sin darme cuenta evoco a mi madre, y a nuestra última pelea.

Vuelve a sonar la música, enérgica esta vez, y en mi expresión se adivina el enfado que me produce pensar en ella. Y transfiriendo mis pensamientos a mis pasos, bailo.

Brazo izquierdo, yo echando en cara a mi madre que no le importábamos lo suficiente, que nunca estaba en casa.

Cruce de pies y movimiento de falda, ella sorprendida y derrotada.

Abro el abanico, su rostro lívido diciéndome que no sabía qué decía, que me callase.

Aleteo de abanico, yo gritándole que no se excusase: papá siempre estaba triste y mi hermano la echaba de menos.

Paso de panadero doble, ella gritándome que no sabía nada.

Cierre de abanico y giro de torso, las dos mirándonos con ira, con chillidos y dolor como combustible para la ira.

Cierre con zapateado, palabras clavándose como cuchillos.

La música cambia de repente, como si hubiese pasado un tornado.

Juego de brazos lento, mi padre explicándome qué pasaba.

Pausa, ella estaba enferma.

Fin del baile, dolor en las miradas.

Cojo aire y avanzo al frente. Saludo al público recordando cómo se fue de la habitación al contarlo mi padre. A través del mar en mi mirada, la veo allí sentada, orgullosa de mí. Pero nada me llama tanto la atención como el hombre ciego que se acerca al escenario, y me dice:

-Sin verte, has conseguido emocionarme, y solo los grandes lo hacen.